

EUGENIA TIMES

Literatura/Guatemala

Febrero, 2019. Raleigh, Carolina del Norte
 NARRATIVA/ POESÍA/ TEATRO/ AUTOBIOGRAFÍA/ HUMOR/ ENSAYO

A Miguel de Cervantes Saavedra

En octosílabos versos
 a Isabela Eugenia Clara
 canta Miguel ciertas cosas
 que escapan a mi mollera

¿Cuántos abismos, Cervantes,
 nos separan en la vida
 la mía que está latiendo
 la tuya que está morida?

Yo estoy en dos mil dieciocho
 vos, entre siglos perdido
 si vinieras a mis suelos
 deslumbrado quedarías

Separados por naufragios
 y acumulación de días
 ¿qué embrujos habéis dejado
 que te siento tan cercano?

Mi juglar de la palabra
 agudo, pícaro, humano:
 lo noble y lo despreciable

la aspiración y la tripa
 el ideal del gentilhombre
 y los instintos más bajos
 en cuadros nos vas contando
 la lucha que libra el alma
 con el animal que somos

Soy tu heredera entre muchos
 que salimos con el alba
 a buscar en las palabras
 sentido a las existencias

Dejaste tan lleno el pozo
 de tesoros castellanos
 que basta con dos tus versos
 que basta con dos tus párrafos
 para soltarle la pluma
 al poeta más tacaño

Isabela Eugenia Clara
 escribiste alguna vez
 Isabela Eugenia Clara.

Literatura de Eugenia Gallardo, guatemalteca. Cobán, Alta Verapaz, 1953. Le gusta incursionar en diversos géneros para explorar sus límites y posibilidades. Cree que cada historia pide una forma específica de contarse y que la aventura de la escritura empieza buscando ese camino. Casi todo lo que escribe lo saca del baúl de su historia.

Para suscripciones escriba a eugeniatimes@gmail.com
 Copyright Eugenia Gallardo. Distribución Gratuita.
 Reproducción libre citando la fuente.

EUGENIA TIMES

De egos, egoísmos y egocentrismos

Vamos a zanjar de una vez por todas el dilema del ego, del narcisismo, de la auto contemplación, del egocentrismo del artista. ¿Indaga en sí mismo y aporta a la comprensión del mundo y esto es válido, o se exhibe ad infinitum en un afán inagotable por llamar la atención y es, por ende, un despreciable pobre diablo o demonia?

Zanjemos: el artista se usa como sujeto hablando en primera persona o pinta autorretratos porque acude al único sujeto que se deja manosear y exhibir. A ese sujeto generoso en mostrar sus intimidades por un bien superior (indagar en la condición humana) se le denomina en la jerga cotidiana ego y de ahí se concluye en clave de condena que de qué ostentoso tamaño tiene que tener tal o cual artista el ego para mostrarlo. O para girar en su entorno: vil egocentrismo. Repito, es el único sujeto u objeto o ego que se le regala al artista para que lo penetre con el bisturí de su oficio: pluma, pincel, lápiz, cincel. Es el que le regala su rostro en la bandeja de un espejo y su historia en un mar de recuerdos. Nadie más se entrega como materia prima con semejante disposición.

Al Ego del Artista capaz de sentir en sí mismo al otro, dispuesto a sacrificarse, a inmolarse o a elevarse en un pedestal si su musa así lo exige: ¡salud!

De aspectos y apariencias

¿Qué ofrece el rostro de un poeta, además de un par de ojos, una nariz y labios? ¿Qué le agregan la barba o los anteojos? ¿Goza de juventud o deterioro? ¿Porta alguna señal de su riqueza? ¿Es feo o agraciado? ¿Parece trascendente? ¿Te mira demasiado o esconde la mirada? La razón de la foto no la entiendo si le exhiben el rostro sin las manos. Nos queda imaginar esas verdades. Manos toscas decido para Gabo. Largas, finas y bellas pongámosle a Neruda. Pequeñas las de Asturias y gordas las de Tito. De genuino linaje Pepe Batres y demasiado largas las de Bécquer.

Por encima de todas, las más bellas, serán las de mi amante, mi poeta en la cama rimándome con fuego las entrañas, do no importan las barbas ni narices ni expresión trascendente de postín. Importa la palabra en susurro jadeante y, de las manos, el revoloteo. Lo demás, es silencio.

Eugenia Gallardo floreció en dos hijas y dos nietas. Casada de dos hervores, hoy es soltera empedernida. Estudió Economía en la Universidad de San Carlos de Guatemala y en la Universidad de Londres. Habla español (obviamente), inglés y portugués. Su francés es suficiente como para decir que sabe.

EUGENIA TIMES

Viejo y Vieja Una anécdota, tres lenguajes

I

En el pequeño jardín de la casa que me gusta del hombre que me gusta hay un árbol centenario. Eso habla bien del hombre que me gusta. Pero esta tarde, en ese pequeño jardín, debajo de ese inmenso árbol vi, por primera vez, a una mujer. Era vieja, como él y como yo. En este corazón que decide quién me gusta y quién no me gusta, se instaló una pequeña tristeza.

Pero a la intrusa plantada debajo del árbol que me gusta en el jardín del hombre que me gusta la estaban picando los zancudos. Por un segundo, este corazón latió más fuerte animado por una alegría mezquina.

II

Contoneando su amplia falda veraniega, Cipriana Calandria apuró el paso, a sabiendas que dos o tres zancadas más adelante encontraría la casa del culpable de que pasara las noches sin pegar el ojo, descifrando grillos y diseñando en su mente calenturienta el vestido de novia apropiado para nupcias tardías en el sur del norte. Nunca habían cruzado palabra; al corazón caprichoso de Cipriana Calandria le bastaba con saber que la casa del viejo tenía buen talante, que en su jardín pequeño podían lucirse una cantidad decente de mariposas y que el arbolón que ocupaba casi todo el frente de la casa era prueba fehaciente de que el viejo venía de las buenas cepas que saben respetar el pasado.

El viejo y Cipriana, vecinos despalabrados, se encontraban cuando al azar se le daba la gana reconociéndose mutuamente con miradas sesgadas, un tanto hurañas, un poco cómplices. Siempre solos, siempre en lo suyo. Pacto de solitarios, cada quien a su cueva a imaginar futuros imposibles. Pero esta tarde, debajo del árbol antañón, había una vieja. Sentada, muy fresca, muy dueña. Brisa de dolor en el corazón de Cipriana Calandria. Brisa, porque los diluvios y tormentas huracanadas causaron tantos estragos a su primera juventud que un día juró, frente al altar mayor, vivir a poquitos, amar a poquitos, sentir a poquitos.

A paso lento, arrullando su pequeño dolor contra el vientre, Cipriana Calandria y su falda marchita y sus ojos mojados y su respiración aletargada, se encaminaron al destino de un insomnio seco de imaginación y de esperanzas. Al cadalso, a la nada, a la vida sin vida iba Cipriana

María Eugenia Gallardo Molina Aguilera Girón Cabrejo Oliva González Pérez.
Familia paterna originaria de Guazacapán, Santa Rosa;
la materna de Cobán, Alta Verapaz.

EUGENIA TIMES

cuando un estruendo de ramas desgarradas le hizo girar cabeza y cuerpo entero.

Una nube de zancudos cubrió a la vieja fresca y adueñada, ensañándose de tal manera contra ella que cuando se disipó el alboroto de zumbidos, hojas y polvo la vieja había sido reducida a su mínima expresión: unos trapos, dos zapatos, un puñado de canas. Esa fue la tarde en que Cipriana Calandria descubrió las mieles de las alegrías mezquinas que curan los pequeños y grandes dolores.

III

Se columpia el sol entre los árboles y los pájaros repiten necios sus tempraneras buenas noches. Cipriana, jadeante y sucia de malos pensamientos acerca sus pasos de hembra vieja a la casa de la cruz de sus desvelos. Encajonada entre edificios, temerosa de ser, mañana, espectáculo indecente de pisos sin paredes y sin techos, con los árboles patas arriba en el jardín arrasado por las ruedas de la avaricia, está la casa del viejo.

Como siempre, en ese siempre al que se aferran los seres temerosos de avanzar hacia el inminente vacío enigmático de la muerte, Cipriana estira la ceja jalando el ojo. Es su señal para que el azar intervenga y el viejo salga a su paso frente al caserón con árbol aún intacto. Cuando esto ocurre se miran sin ver, sellando el pacto de acercarse nunca y desearse todas las noches. Pero, rompiendo las leyes del siempre, este atardecer coloca bajo el árbol a una mujer. A Cipriana no le inmuta que la mujer sea vieja, descuidada, apagada de ojos y ropas en contraste con la esmerada apariencia prístina y hasta juvenil con la que ella se engalana de lunes a domingo y fiestas de guardar. A Cipriana la ofende la actitud de propietaria de casa, árbol, suelo, cielo, aire, futuro y próxima luna. Y, cae de su peso, propietaria del viejo.

Cipriana lamenta haber abandonado su país, donde cíclicos terremotos llegan a sangolotear infames rutinas. Lamenta y desea que su país huya de la pobreza, como ella, y se venga a instalar en este momento en este sur del norte empujando casa y árbol sobre la ladrona de las pocas ilusiones que le quedaban en el monedero de costurera. Árido país tan ordenado, va rumiando hacia esas tristezas que solo se quitan dejando de respirar, cuando un estruendo la empuja a regresar: una rama vieja sobre la vieja le pone fin a su tormento. Perseguíndose, Cipriana, loca de felicidad se aleja hablando sola: la providencia divina no tiene país, por la sangre de Cristo que no tiene país.

La anécdota es fuente inagotable de inspiración en Guatemala. La tradición oral se transmite en largas sobremesas, que a veces se convierten en verdaderos duelos de anécdotas. Para escritores en ciernes, un regalo.

EUGENIA T IMES

Ensayo de interpretación de la silla

La cama para dormir, hacer niños y desvelarse con los niños que ahí se hicieron. La mesa para comer, hacer deberes y planchar en ocasiones especiales. El armario para guardar los trapos y tenerle miedo. Las gavetas para esconder desórdenes. Cada mueble con funciones ancestrales que se repiten en casi todas las culturas.

Pero el mueble por excelencia es la silla. Primero porque se mueve, es realmente un mueble. Los demás son prácticamente inmuebles porque si uno dice: "ya me dio sueño alcanzame la cama" le hacen cara. Lo mismo ocurre con un: "traeme el armario aquí donde estoy recogiendo la ropa" o "jalen la mesa del comedor que ya está el huevo". Decir "jalame una silla" ya es otra cosa. O "consíganle una silla a la abuela que se está desmoronando del cansancio". Todos corren solícitos sin hacer cara.

La silla tiene cuatro patas justificadas por necesidades, no solo de sostén de posaderas, sino de desplazamiento. En contraste, las patas de la cama o del armario sólo sirven para esconder zapatos, tragarse calcetines y acumular polvo, y las de la mesa para alcanzar altura suficiente para que se metan los niños a despegar chicles. Pero no son patas que vayan a ninguna parte. Entonces, esos autodenominados muebles que no se

mueven, ¿para qué pidieron canillas?

Além do mais, la silla puede servir de mesa auxiliar a la orilla de la cama y hasta de cama si se juntan dos o tres. Su respaldar es armario pasajero de un suetercito, un saco que no quiere arrugarse o una bolsa temerosa del vil piso. On the other hand, mal servicio presta la cama para sentarse, ya no digamos el armario.

Pero la superioridad de la silla va más allá de su movilidad y versatilidad. La silla ha llegado a convertirse en símbolo de dominación, indicador de jerarquías y condiciones sociales, conteo de reparticiones de poder. Pensemos en los tronos. Sillas altas de oro macizo o de finísimas maderas por cuya posesión rodaban cabezas, se apuñalaban personajes, corrían venenos como ríos de agua viva, se enfrentaban multitudes cuerpo a cuerpo o lanza a lanza o puñal a puñal.

Muy atrás quedó su función primigenia de receptáculo del culo y sus alrededores para descanso de las extremidades inferiores. Quien en trono se asentaba el reino guardaba para sí y para sus mismas. Saltemos al tiempo actual que esto no es un Tratado. El cabezón de la corporación es el Chairman, es decir, el hombre de la silla, concentrando el poder de decisión en el símbolo del sentadero. Quie-

Eugenia Gallardo recibió talleres de creación literaria en Costa Rica y Guatemala. De dramaturgia en Guatemala y El Salvador. Es economista, investigadora social, escritora, actriz, artista y mala cocinera. Le gusta planchar.

EUGENIA TIMES

nes legislan por decisión popular en las urnas se reparten tantos seats (las curules nuestras en el remedo irrisorio de democracia que sufrimos). Indican las sillas jerrarquías de acuerdo a la altura del respaldar, verbigracia, el llamado cabeza de familia (sic) ubíquese con alto respaldo al extremo de la mesa. Para diferenciar a las clases sociales se le acomoda mullido sentadero a los principales y dura tabla a los lesser persons. Hasta en los países llamados pobres los menos pobres aspiran a diferenciarse de los más pobres por el tipo de sillas que rodean la mesa. Conozco un país donde unos que padecen de la doble enfermedad de plomosidad con pela-

dez, salen criticando de una visita con "¿viste las sillas? Todas disparejas". Porque la mesa puede disfrazarse de fina con un mantel pero las sillas son sinceras: son lo que son. He ahí su poder diferenciador de estratos sociales.

Cierro este ensayo saludando a la silla. A toda silla. A la humilde, a la emperifollada, a la pretensiosa, a la arrogante, a la simple y práctica, a la que se convirtió en trono o curul para bien o para mal. Y saludo especialmente a la que algún día se pondrá ruedas para llevarnos a disfrutar de la vida cuando nuestras dos patas se rindan.

Breves

Vamos a soltar amarras, dijo, y estiró la pata.

Tenía largo el etcétera pero, al primer gerundio, se iba a quejar con su progenitora. Dejó huella, nevertheless.

Era post moderno minimalista contemporáneo millennial individualista escéptico orgánico cage free gluten free dairy free caffeine free.
Era un huevo.

-Y usted ¿cómo se llama?

-Generalmente no me llamo porque ando conmigo. Pero, cuando he probado, suena ocupado porque me estoy llamando.

Y cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba ahí.

-Pero Tito, no lo podés terminar sólo así.

-¡Ah! Así que se vaya.

Había una vez un cuento difícil.

The End.

Se agradece la lectura y reproducción de eugeniaTimes. Enjoy!